

1 de Noviembre: Solemnidad de Todos los Santos

*Queridos míos, desde ahora somos hijos de Dios,
y lo que seremos no se ha manifestado todavía.
Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él,
porque lo veremos tal cual es.*
(1 Jn 3:2)

En la Iglesia, la fiesta de Todos los santos tiene antiguos orígenes que datan de hace más de 1,600 años. Los papas instituyeron esta fiesta para celebrar a los muchos mártires que no tenían su propio memorial para ser recordados. Con el tiempo, esto llegó a incluir a todos los santos a través de la historia de la salvación que no tienen sus propias fiestas. Podríamos decir incluso que puede incluir a todos los santos que quizá no estén reconocidos mediante la canonización y no son nombrados por la Iglesia en la tierra, pero que vivieron vidas santas y ahora gozan de la paz y la alegría eternas del cielo.

Hoy alabamos a Dios por lo que ha hecho por medio de su amorosa gracia en las vidas de sus santos. También invocamos a los santos como nuestros hermanos y hermanas en el cielo a quienes les gusta que les pidamos que estén cerca y nos ayuden en nuestro peregrinar hacia Dios.

Al mismo tiempo, contemplamos la gran verdad de lo que es un santo y lo que significa para nosotros. En primer lugar, tenemos que darnos cuenta de que los santos son personas normales. Es una locura pensar en los santos como gente rara. De hecho, son las personas más normales que existen y probablemente los únicos plenamente normales que hayan nunca existido. Para comprender esto, tenemos que entender lo que significa realmente ser normal. No decimos que sean normales en el sentido de que luzcan y se comporten como todos los demás. Ni queremos decir que la santidad sea necesariamente algo ordinario. El pecado es algo verdaderamente ordinario, pero definitivamente, no es normal. Más bien, es extremadamente anormal. Cuando decimos que algo o alguien es anormal, queremos decir que las cosas no son como deberían ser—no como están hechas para ser—fuera de la norma. Cuando decimos que un santo es el ser más normal de todos, queremos decir que él o ella es exactamente lo que debe ser—exactamente como Dios lo creó para ser. Si Dios, que nos crea a nosotros y al mundo entero fija las normas, entonces los santos son los más normales de todos. En nuestra devoción a los santos, miramos a sus vidas y vemos cómo deberíamos ser.

Es más, ¡vemos lo que podemos ser! Podemos mirar a sus vidas y darnos cuenta de que Dios nos crea y nos llama a cada uno a ser normales en el sentido en que son normales los santos. Estamos llamados a ser sorprendentemente normales como los santos. Los santos no tienen nada que no tengamos nosotros. Cada uno de nosotros está hecho amorosamente a imagen de Dios. Él nos creó a cada uno de nosotros para recibir su amor y vivir una singular aventura con Él en nuestras vidas. Dios también nos concede la vida nueva de la gracia por el Bautismo por el que Él personalmente viene a nuestras almas para morar ahí y realizar cosas maravillosas. Ésta es una verdad de nuestra fe. Realmente creemos que el Dios del universo vive personalmente en ti y en mí. Sólo hay un Dios que vive en el alma cristiana. Los santos no consiguieron el Dios mejor o más fuerte y nosotros un modelo de segunda calidad. No. Hay un solo Dios que mora en los santos y en nosotros. Y como es Dios, hace grandes cosas

en nosotros. San Juan dice que Dios nos hace hijos suyos. Esto no es simplemente una bonita expresión, sino que nos habla de la profundidad de la voluntad de Dios de nuestra santidad. Quiere que seamos lo suficientemente santos para ser sus hijos, como Cristo y en Cristo. Y cuando Dios dice algo, siempre nos da la gracia para hacerlo realidad. Nos hace sus hijos en Cristo Jesús.

Así que esto es lo que celebramos hoy. Que Dios nos creó para ser santos. Quiere que seamos santos y nos da el poder de hacernos verdaderamente sus hijos. Esta es la vocación de todos—estar cerca de Dios y plenamente vivos en Él.

A menudo los jóvenes se pueden centrar mucho en qué cosa concreta Dios los está llamando a hacer en sus vidas. Preguntan: “¿Estoy llamado a ser sacerdote o religiosa, o me pide Dios que sea soltero o casado? ¿Cuál es mi vocación?” Esta es una bella y necesaria pregunta que todos los jóvenes católicos deberían hacerse, pero tiene que situarse en una perspectiva adecuada. Antes de que un cristiano conozca su vocación concreta, ya sabe la cosa más esencial que Dios quiere para él o ella. Saben con certeza absoluta que Dios los está llamando a la santidad. El modo particular en el que Él hará a la persona santa es importante, pero no tiene comparación con la verdad fundamental de que cada uno de nosotros está llamado a estar en relación íntima con Dios y a vivir como hijo suyo. Recordar esto siempre puede aligerar algo de la presión. Para discernir adecuadamente, los jóvenes tienen que tener un marco de referencia que diga: “Ya sé lo más grande que Dios quiere de mí. Me quiere a mí, quiere mi corazón. Quiere que sea santo. Lo único que tengo que hacer es mantenerme cerca de Él en la oración y en mi vida diaria, y el resto se irá ajustando”. Al final, lo más importante que deben saber los jóvenes sobre la voluntad de Dios en sus vidas es que Él quiere que sean santos.

En unos momentos nos encontraremos con Jesús en la Eucaristía, que nos acerca a sí mismo para hacernos hijos de su Padre y santos ante él. Le pedimos a María, Madre de la Iglesia y Reina de todos los santos que ore con nosotros en esta Misa, y le pedimos que interceda por nosotros hoy al crecer en fe en la verdad simple y profunda de nuestra vocación a la santidad.

2 de Noviembre: Todos los Fieles Difuntos

Hoy conmemoramos las almas de todos los fieles difuntos. Es un día muy especial en la Iglesia en el que nos centramos en la oración por las almas de nuestros seres queridos fallecidos y por todos aquellos que no tienen quién ore por ellos. En el núcleo de este día se encuentra la realidad de la gran misericordia de Dios y su voluntad de que compartamos su obra de misericordia ofreciendo oraciones y sacrificios. Dios nos pide que oremos por nuestros hermanos y hermanas difuntos y permite que nuestras oraciones los fortalezcan en su camino hacia Él. El acto de la misericordia amorosa de Dios al que unimos nuestras oraciones es su gran don del purgatorio. Sí: el purgatorio es un don de la misericordia de Dios. No es algo que temer, sino algo por lo que debemos estar agradecidos.

Jesús dice, “Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” y “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente”, y también “ámense los unos a los otros como yo los he amado”. El cielo es ver a Dios, pero requiere la limpieza de corazón de amarle con todo nuestro ser. Amar es aceptar a Dios totalmente y entregarnos a Él y a nuestro prójimo. Esta es la sencilla lógica del cielo: entramos porque tenemos corazones limpios, lo suficientemente abiertos como para recibir la plena luz de la Gloria de Dios, el poder pleno de su amor, que nos permite el gozo eterno de contemplarlo cara a cara—una felicidad inimaginable. Solamente los limpios de corazón pueden recibir la brillante luz que nos deja ver a Dios cara a cara sin quemarse ni cegarse. El apego al pecado recibe la luz de manera errónea y tal luz ciega y nos quema en nuestra debilidad. La mayoría de nosotros no hemos entregado plenamente nuestro corazón y todo nuestro ser a Dios y tenemos cosas que opacarán esta luz. Estamos apegados a cosas que se interponen en el camino de que Él brille a través de nosotros. Estamos lentamente dejando que Dios se adueñe de nuestra vida a duras penas, pero todavía no somos plenamente suyos.

Así que, ¿qué ocurre si morimos queriendo amar y seguir a Dios, confiando en su misericordia, pero no siendo totalmente suyos? ¿No plenamente limpios de corazón y listos para ver su gloria? Dios, en su misericordia termina nuestra incompleta purificación en el purgatorio. La Iglesia, apoyándose en la Escritura, enseña esta verdad sobre su misericordia:

Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque estén seguros de su eterna salvación, sufren después de la muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo (CCC 1030).

El purgatorio es Dios obrando en nosotros después de la muerte, disponiéndonos al Cielo. Es Dios purificándonos para recibir la luz de su gloria para que de verdad podamos verlo cara a cara en la plenitud de su amor. Hoy oramos por las almas de los difuntos y también nos llenamos de admiración en gratitud por la gran misericordia que es el purgatorio.

Y sin embargo, con lo grande que es la misericordia del purgatorio, la Tradición y el testimonio de los santos deja claro que es mucho mejor permitir que Dios nos purifique aquí en la tierra antes de morir. Así que, además de las oraciones por las almas del purgatorio, pedimos gracias para nosotros mismos. Pedimos poder reconocer y despegarnos de las cosas que se interponen entre Dios y nosotros en nuestra vida. Lo que es más importante, pedimos ver toda nuestra vida con el telón de fondo del Cielo. Tener la gracia de ver que cada momento y acción de nuestra vida puede

aspirar al Cielo si se viven en unión con Dios. Esta percepción del telón de fondo del Cielo en nuestra vida es simplemente una clara visión de cómo son las cosas en realidad. En realidad, Dios siempre está cerca de nosotros y nos llama en todo momento a acercarnos a Él en el cielo. Oramos para que lleguemos a vivir totalmente en esta comprensión de la cercanía del Cielo.

Esta maravillosa cercanía del cielo es el verdadero escenario de nuestras vidas. Podemos mirar a todas nuestras situaciones y tomar decisiones recordando esto. Esto es necesario para todos nosotros, pero de manera particular es necesario para los jóvenes que, con toda la vida por delante, corren el peligro de no tener el cielo como el telón de fondo de sus vidas. El Cielo como meta de nuestra vida es el contexto verdadero para cualquier pensamiento sobre lo que haremos con nuestra vida o en qué nos convertiremos. Ver la felicidad del cielo como nuestra verdadera meta y tener fe en que Dios está saliendo a nuestro encuentro para acercarnos a Él, da a los jóvenes el entendimiento concreto del significado de las opciones en su vida. Los abre a la verdad de que Dios tiene un plan para ellos y los impulsa a buscar su voluntad. Nos anima a todos los que tenemos el deber de servir a los demás a orar por quienes están discerniendo la voluntad de Dios en sus vidas, y suplicar la gracia de vivir nuestra vocación en plenitud.

En unos pocos momentos nos encontraremos con Jesús en la Eucaristía y, al orar por nuestros hermanos difuntos, también pedimos la gracia de ver el Cielo como nuestro verdadero hogar y meta. Le pedimos a María, Auxilio de los cristianos, que interceda por nosotros.

3 de Noviembre: Martes de la Trigésimotercera Semana del Tiempo Ordinario

Una de las personas a la mesa grita entusiasmada al estar con Jesús: “Benditos los que cen en el Reino de Dios”. Nuestro Señor responde a esta espontánea exclamación con una curiosa parábola sobre personas que se niegan a aceptar la hospitalidad—sobre rechazar una cosa buena que se ofrece gratuitamente. Es como si Jesús estuviera de acuerdo, pero añade una seria advertencia: “Sí, son benditos, pero muchos quizá no vean el banquete del Reino como bendición. Muchos quizá no lo quieran”.

Estamos acostumbrados a escuchar la palabra “bendito” en la Escritura y en la Misa, y quizá hasta la usemos bastantes veces en nuestras propias vidas para describir las cosas que ocurren y para desear las bendiciones de Dios sobre otras personas. Parece normal para nosotros oír y escucharla, pero no tiene nada de ordinario. El estado de bienaventuranza es un don extraordinario de Dios. En el lenguaje original del Nuevo Testamento, la palabra “bendito” indica una felicidad divina. Para los paganos del tiempo, habría significado la felicidad de la vida de los dioses, una felicidad que sobrepasa la capacidad humana. El mundo cristiano tomó esta palabra y la usó para indicar el don de la nueva vida de la gracia en Cristo Jesús por el Bautismo. Jesucristo, que como Dios tiene esta bienaventuranza, nos concede compartirla. Nos invita a unirnos a su vida y compartir este don. Creo que la invitación de la parábola al gran banquete puede bien significar la invitación de Cristo a recibir el don de su vida bienaventurada.

En tiempos de Jesús un gran banquete no era algo que nadie se quisiera perder. En nuestros tiempos de abundancia, podríamos no comprender del todo el atractivo de una invitación de un hombre rico a un banquete. Para la gente que pasaba hambre o estaba bajo la amenaza del hambre, los banquetes eran algo grandioso. En nuestra propia experiencia: piensa en un palco en el Superbowl con pases de admisión general, o imagínate un jet privado a París para comer en uno de los mejores restaurantes del mundo. No es algo que te quieras perder, pero los huéspedes invitados de la parábola no lo ven como un gran regalo y se lo pierden.

Las palabras del anfitrión que dicen que ninguno de esos probará su cena son fuertes e inflexibles. Pero en lugar de enfocarnos en las consecuencias de perdernos el banquete, podría ser más beneficioso si miráramos qué les faltaba a los posibles invitados y aprendiéramos de ellos. Cada uno de los tres hombres tienen asuntos—asuntos importantes. Pesean sus propios planes contra el valor del banquete y escogen su propio asunto. No es que el ir al banquete les impidiera lograr lo que necesitaban hacer. Uno podía llevar a su esposa recién casada, y los otros podrían haber cuidado de los bueyes y el campo otro día, pero son rígidos en su plan. Están ciegos al gran don ante ellos. Les falta la visión para ver el regalo que se les ofrece. Se sugiere que lo van a lamentar, pero será demasiado tarde.

Su falta de visión es símbolo de la visión sobrenatural de fe que reconoce la invitación de Dios como un don extraordinario. Es interesante que no dice que los hombres no oyen la invitación, sino que no la escuchan. No la ven como un don extraordinario. Por otra parte, la visión sobrenatural de la fe no sólo oye la invitación de Dios, sino que considera toda invitación de Él como algo extraordinariamente bueno. Muchos de nosotros, cuando tenemos una intuición de una invitación de Dios a entrar o asumir algo podemos dudar y sentir temor. Pensamos que está llamando, pero nos preocupa el que quizá no nos haga felices. Podríamos

no ver su invitación como algo maravilloso y una bendición en nuestra vida. Esto en realidad no tiene sentido. Toda invitación de Dios es una invitación a recibir un don y una bendición maravillosos. Dios es toda felicidad en sí mismo y en todas sus intercambios con nosotros siempre está tratando de darnos su felicidad. Pensar que nos está invitando a algo que no es para nuestro bien sería contradecir la identidad de Dios. Nuestra fe más profunda nos dice que todo lo que quiere Dios que hagamos nos conducirá a bendiciones y a una verdadera alegría. Dios nunca nos pide que hagamos algo y luego nos deja caer y quedar maltrechos. Él es todo bondad y todo amor y desea que confiemos en Él.

Tenemos que orar por esta visión sobrenatural en nosotros, especialmente para quien esté discerniendo una vocación. Puede haber bastante temor ante una posible vocación al sacerdocio o la vida religiosa por parte de un joven porque en algún rincón de su interior está preguntándose si esto de verdad lo hará feliz—si es verdaderamente bueno. Escuchan un susurro de invitación, pero tratan de ignorarlo o justificarlo por miedo a tener que abandonar sus planes o sus ideas para su propia vida. Aquí es donde la realidad más profunda de la mirada sobrenatural de la fe viene a importar. Aquí es donde esta cualidad personal profunda está activa. La mirada sobrenatural no se detiene en la comprensión de que Dios solo da cosas buenas. Es más profunda y más personal. La mirada de fe confía en Dios que conoce y ama a cada uno de nosotros. Confía en el amor de Dios por nosotros y alegremente corre a Él en respuesta a la invitación. Éste es el verdadero espíritu de la mirada sobrenatural necesaria para escuchar y responder a las llamadas de Dios.

Volviendo a los hombres que se perdieron el banquete. Si reescribiéramos un final feliz para ellos, podría ser así: Se dijeron a sí mismos: “Tengo este asunto al que de verdad necesito atender. Es importante para mí, pero conozco al anfitrión. Es mi amigo, sabio y cariñoso. Siempre desea y sabe lo que es mejor para mí. El banquete debe ser verdaderamente maravilloso. No me lo perdería por nada del mundo”.

Esta es la mirada que pedimos para nosotros mismos. Esta es la mirada que nos abre a recibir las bendiciones de Dios. Hoy en esta Misa Jesús nos da su vida bendita al invitarnos al banquete del sacrificio de su Cuerpo y Sangre. En la Eucaristía, al recibir a Jesús, nos acerca a sí mismo para compartir su bienaventuranza. Le pedimos a María que nos enseñe a cultivar esa mirada de fe que nos permite aceptar todas las invitaciones de Dios como bendiciones que vienen de un ser Amado en quien confiamos.

4 de Noviembre: Memorial de san Carlos Borromeo

Jesús usa palabras muy chocantes para dirigirse a la multitud que le sigue. Nos podrían confundir: ¿Odiar a tu familia? ¿Odiar tu propia vida? Sin embargo, en otro lugar escuchamos a Jesús regañar a personas que no cuidan de sus padres, y ciertamente no va a eliminar el Cuarto Mandamiento de honrar a tu padre y a tu madre. Es más, nos ordena amarnos unos a otros como Él nos ama. Así que no puede de verdad querer que nos volvamos con malicia o indiferencia hacia los demás y a nosotros mismos.

Jesús nos da la clave para entender el significado de sus chocantes palabras cuando dice: “El que no tome su cruz y me siga no puede ser mi discípulo”. Está hablando sobre el núcleo de lo que significa ser su discípulo. Cuando oímos hablar de la cruz, siempre pensamos en Jesús, su vida y su Pasión. Está indicándose a sí mismo como modelo de vida cristiana y llamando a la multitud a comprender y seguir su modo de vida. Jesucristo, Dios encarnado, asumió la vida humana con la única intención de gastarla para los demás. Se hizo hombre para entregar su vida por amor por su Padre celestial y por compasión amorosa hacia nosotros. Todo su tiempo en la tierra, especialmente su Pasión, Muerte y Resurrección nos muestran que la vida está hecha para gastarla en amor por los demás. Este es el precio inherente al discipulado. Ser verdaderamente cristiano es pasar la vida como lo hizo Jesús—unir nuestra vida a Él en la Cruz entregándonos a Dios y a los demás.

Esta es la vocación de todo cristiano. Entregarse totalmente a la causa de Cristo, gastarse en amor por los demás. Es verdad para las personas casadas, los sacerdotes, los consagrados y las personas solteras... en toda vocación en la Iglesia, esta entrega radical de nosotros mismos es el núcleo y la meta. Es bueno que entendamos esto y lo fijemos en nuestra mente cuando pensemos sobre nuestra vocación particular y especialmente cuando los jóvenes discernen lo que Jesús tiene pensado para sus vidas. Toda vocación implica esta entrega de uno mismo. Dios quiere que todos nos conformemos a la Cruz de Cristo de manera radical. Una vocación concreta es simplemente cuestión de averiguar cómo Dios quiere que me entregue—cómo conformará mi vida al sacrificio de la Cruz. Si una persona está llamada al matrimonio, será entregando su vida por su cónyuge e hijos. Si al sacerdocio, será pasando su vida para la santificación de su rebaño. Si Dios llama a una persona a la vida consagrada, será a través de un carisma particular que alguien ofrezca su vida por amor. Si una persona está en la vida soltera, será haciendo un don de sí mismo a otros en las circunstancias que Dios le dé. Una vocación no llama a más sacrificio que otra o a una unión con la cruz de Cristo más profunda que otra. A medida que los jóvenes discernen su vocación, deben recordar esto. Todos estamos llamados a entregarnos totalmente a Jesucristo entregándonos en nuestra vocación de vida; esto es nuestro único camino seguro y cierto hacia la felicidad. Esta perspectiva da claridad de mente a quien está tratando de dilucidar el plan de Dios para su vida.

Jesús nos revela que todos nosotros estamos destinados a gastar nuestras vidas por amor a Dios y a los demás. Por eso habla de desprendernos de nuestra familia y de nosotros mismos y de renunciar a nuestras posesiones para poder entregarnos totalmente. Está también tras las parábolas sobre “calcular el costo”. Él quiere que miremos realísticamente a lo que significa entregarnos para seguirle y saber qué necesitamos para hacerlo. En las dos parábolas, Jesús nos dice que miremos a con lo que contamos para la tarea: cuenten sus piedras antes de construir.

Cuenten sus tropas antes de ir a la guerra. También tenemos que calcular lo que tenemos para la tarea de cargar nuestras cruces y seguir a Jesús. Y si somos sinceros y nos miramos a nosotros mismos y a nuestras debilidades, podemos preguntarnos cómo hacemos esto de verdad, o incluso cómo Jesús nos puede pedir que le sigamos tan totalmente

Afortunadamente, hay un método de cálculo que nos ayudará a descifrar el problema. Hay unos cuantos pasos. Primer paso, tomamos nuestras propias capacidades y habilidades junto con nuestras debilidades y llegamos a un número. Puede ser muy pequeño. El mío lo es. No importa lo pequeño que sea, porque incluso si es una fracción de una fracción, el siguiente paso del problema lo soluciona. Entonces miramos a Dios y lo que Él es y puede hacer. Luego tomamos el número nuestro y lo multiplicamos por el número de Dios, que es el infinito. ¿Qué sacamos? El infinito por .000001 es infinito. Hay muchas piedras; suficientes como para construir cualquier cosa, y es un ejército invencible. Nuestra pizca unida a la gracia infinita de Dios nos da la fuerza para una entrega de nosotros mismos como la de Cristo. Al tratar de seguir a Jesús nunca se nos abandona a nuestras propias fuerzas. Cristo quiere que tomemos nuestras cruces y le sigamos, y se asegura de que podemos hacerlo.

La presencia eucarística de Jesús es esta gracia infinita. En la Eucaristía recibimos el Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de Cristo y entramos en la plena potestad de la Pasión, Muerte, y Resurrección. Todo lo que es y hace Jesús viene a nosotros en la Eucaristía. Pedimos dos sencillas gracias hoy al encontrarnos con el Señor eucarístico: ayuda para reconocer que la llamada de Dios a entregarnos en amor es un don maravilloso, y ayuda para abrazar esta llamada y vivirla. Le pedimos a María, perfecta discípula de Cristo, que ore con nosotros y nos enseñe la belleza de este camino de entrega propia. También le pedimos a san Carlos, patrón de los seminarios que interceda para que tengamos vocaciones de sacerdotes entregados según el corazón de Cristo.

5 de Noviembre Jueves de la Trigésimo-tercera Semana del Tiempo Ordinario

“Este hombre se junta con pecadores.” Por una vez, los fariseos dicen algo verdadero sobre Jesús y lo que dicen es una de las mejores noticias del Evangelio. ¡Jesús recibe a los pecadores! No quiere que los pecadores se alejen de Él por vergüenza o desesperación, sino que Él mismo sale a buscarlos. La parábola de *La oveja perdida* nos habla de esto. Los Padres de la Iglesia, los grandes santos y maestros de la primitiva Iglesia interpretaron la parábola como que Dios Hijo baja del cielo a salvarnos del pecado y la muerte. El pastor de la historia deja las noventa y nueve en la pradera y va a buscar a la Perdida. En cierto modo, podemos decir que Dios Hijo deja la compañía de los ángeles del cielo para buscarnos a nosotros, la parte de su creación que se había perdido al pecado. Dios quiere el arrepentimiento del pecador y su sanación tanto que Él mismo entra en nuestro mundo, asume la vida sencilla de un hombre humilde, y se entrega a ser sometido a la muerte en la Cruz para redimirnos del pecado. Jesús nos recibe a nosotros, pecadores, nos busca y tiene el poder de salvarnos. Al darnos la bienvenida, nos perdona, nos devuelve la alegría y nos eleva por encima de nuestros pecados para acercarnos a sí mismo.

Como católicos, esto es central en nuestra fe. Creemos no solo que Jesús es Dios, sino también que vino a salvarnos a cada uno de nosotros, a ti y a mí. Que nos recibe con todo nuestro pecado, sabiendo cada pequeño y oscuro detalle de nuestros fallos y debilidad, y amorosamente abre sus brazos para perdonarnos y levantarnos. Su bienvenida dice: “Sí, sé que eres débil y has pecado, pero sé que eres más que tus pecados. Dámelos. No temas. Abre tu corazón y déjame sanarte”. Tenemos que tener fe en este amor de Cristo y pedirle la gracia de creer en él incluso en medio de nuestra lucha.

Como católicos también sabemos que Jesús sigue ofreciéndonos su amorosa bienvenida de manera muy concreta en el sacramento de la Confesión. Jesús desea que cada uno de nosotros encontremos su bienvenida sanadora en este sacramento. Él nos lo dio como don antes de regresar al cielo en la Ascensión, para poder seguir dándonos la bienvenida ahí y darnos la sanación que necesitamos. No importa lo que hayamos hecho y cuánto tiempo haga desde que acudimos, siempre podemos ir a la Confesión y encontrarnos con la sanación de Jesús. Él siempre está ahí. Siempre perdona, y su perdón siempre renueva. Pedimos la gracia de darnos cuenta de lo maravilloso que es este don. Todo el que haya experimentado la profunda misericordia y la liberación de la Confesión sabe esto. Y, si nos alejamos de la Confesión, le pedimos a Jesús la gracia de ver qué hay en realidad tras nuestra indecisión, y superarla.

En el sacramento de la Confesión, el sacerdote es el ministro de la misericordia de Jesús. Con esto queremos decir que está en lugar de la persona de Cristo y verdadera y eficazmente transmite el amoroso perdón de nuestros pecados que nos da Jesús. Aunque el sacerdote debería ajustar su actitud a la amorosa bienvenida de Jesús, con todo el amor misericordioso de Jesús en el sacramento no depende de la actitud del sacerdote. No importa cuál sea la personalidad del sacerdote, la misericordia poderosa de Dios siempre está presente en las palabras y acción del rito de la absolución sacramental. Sin embargo, si el sacerdote se abre a conformarse al momento, ¡en qué cosa tan asombrosa entra! La Confesión es un increíble don de la misericordia de Dios y debería asombrar a todo sacerdote el que Jesús le pida que lo haga. A menudo decimos que necesitamos sacerdotes y actuamos como si el sacerdote estuviera haciendo un favor a la Iglesia y a Dios al decir sí a la llamada. Pero, en realidad, el favor es todo de Dios: al sacerdote y

a quien recibe la misericordia de Dios en la Confesión. Ser llamado a estar tan cerca de Dios en su obra de perdón, ser ministro de este sacramento de misericordia, es una posibilidad tan maravillosa que cualquier joven católico sano que piense bien debería desearlo y orar por ella, incluso si él mismo está llamado a una vocación diferente, como el matrimonio.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos dice dos veces que hay gran alegría en el cielo por el regreso de un pecador. Al encontrarnos en la Eucaristía con Jesús, que viene a nosotros en Cuerpo y Sangre y nos lleva de la mano a su Padre celestial, pedimos la gracia que realmente entender la alegría de Dios al derramar la misericordia sobre nosotros y nuestros pecados. También le pedimos a María, Madre de la Misericordia, que nos ayude a darnos cuenta con alegría y admiración renovada del gran don que su Hijo nos da en el sacramento de la Confesión.

6 de Noviembre: Viernes Trigésima-tercera Semana del Tiempo Ordinario

Las parábolas a veces nos podrían dejar confundidos. Nos metemos tanto en los detalles de la historia y su final sorprendente, que podríamos perdernos el mensaje central de la parábola. Como hoy día, vemos a este administrador sagaz que es sorprendido malversando la riqueza de su señor y consigue un truco final para salvarse a sí mismo. Y entonces, esperamos que el señor lo castigue, pero, de hecho, en cambio, lo alaba por su inteligencia en buscar soluciones. Jesús, por supuesto, no está defendiendo malas prácticas, pero está usando a este ambicioso gestor para darnos una profunda enseñanza.

La mayor parte de las veces, las parábolas son historias que presentan un mensaje central utilizando cosas comunes para representar realidades espirituales muy potentes. Para llegar a la realidad, tenemos que mirar atentamente a la parábola y reflexionar sobre ella. Tenemos que sacar los detalles para llegar a la pura acción de la historia que revela la mente de Dios. Jesús nos da la clave: *Porque los hijos de este mundo son más astutos en lidiar con su propia generación que los hijos de la luz*. Cristo habla sobre ejercer una estrategia aguda, audaz y eficaz en la vida cristiana. El administrador lo hace durante toda una vida de trampas para su beneficio. Nosotros lo debemos hacer en nuestra vida de luz para Dios.

Miren a lo que hace el administrador. Cuando lo sorprenden y se le acaba la partida, mira seriamente a la realidad de su situación. Conoce las consecuencias a las que se enfrenta. Sabe lo que quiere. Y sabe lo que tiene. Dense cuenta de que es realista sobre su propia debilidad: demasiado orgulloso para mendigar y demasiado débil para cavar. Para sobrevivir tendrá que buscar otros recursos a su alcance. Examina la situación cuidadosamente y se da cuenta de lo que le queda y lo que puede hacer con ello. Una vez que elabora un plan, es audaz y decidido. Se lanza a por ello. El administrador está claro en su percepción de las circunstancias, sabio sobre el uso de lo que tiene y rápido en actuar. Estas son las cualidades que Jesús alaba en la vida cristiana.

Podemos mirarnos a nosotros mismos en nuestro discipulado de Cristo y ver si tenemos esas cualidades. ¿Percibimos claramente las circunstancias de nuestra vida? ¿A qué nos enfrentamos? ¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Qué recursos tenemos para lidiar con nuestras circunstancias y alcanzar nuestro destino? ¿Verdaderamente usamos lo que tenemos? ¿Nos comprometemos y actuamos con una decisión audaz?

Todos nosotros tenemos el cielo por nuestra meta y destino final. Lo alcanzamos viviendo para Cristo y conformándonos a su vida. Cuando nos miramos seriamente a nosotros mismos, lo que somos y lo que poseemos, nos damos cuenta de que nuestros recursos no alcanzan para lo que necesitamos vivir como discípulos de Cristo y alcanzar el cielo. Un movimiento tonto por nuestra parte sería aferrarnos a nuestros propios recursos e intentar más y más con la esperanza de poder llegar. El movimiento inteligente es retirar la mirada de nosotros mismos y mirar a Dios. Sabemos por la fe que no se nos deja a merced de nuestros propios recursos en esta vida. Pedimos la ayuda de Dios para ver las cosas tan poderosas que nos ha dado y usarlas audazmente.

Sobre todo, el cristiano de mirada limpia se da cuenta de que tiene el amor de Dios y su vida de gracia, que esencialmente significa que Dios vive personalmente en nosotros y obra en nosotros. Vive en nuestras almas por amor y nunca deja de tener efectos asombrosos. He aquí

la conclusión evidente: Dios nos va a llevar al cielo; no nuestras propias capacidades. Ahora es el momento de formular un plan sólido y actuar con decisión. Debemos hacer todo lo posible para abrirnos a la acción de Dios en nuestras vidas. El mejor modo de hacerlo es volvernos a Él con prontitud y arrojarnos totalmente en sus brazos. Esto es un movimiento absolutamente eficaz que confía audazmente en el amor de Dios por nosotros. Tenemos que usar su gracia amorosa volviéndonos a Él y no confiando en nosotros mismos. Y este volvernos a Él e incluso regresar a Él es algo que hacemos muchas veces en nuestra vida y, de hecho, muchas veces durante cada día.

Asusta mirar a la vida cristiana y al cielo y pensar que tenemos que llegar ahí por nuestras propias fuerzas. A menudo nos desanimamos porque en algún lugar extraño de nuestros corazones aún pensamos que tenemos que hacerlo por nosotros mismos. En verdad, Dios es nuestra única y verdadera ayuda. Nos abrimos a Él y cooperamos con su gracia. Esta verdad nos es necesaria como *hijos de la luz* para actuar con el tipo de prudencia eficaz que Jesús nos sugiere en la parábola. Es particularmente verdad en relación al plan de Dios para nuestras vidas. La cosa más importante y principal es que nos demos cuenta de nuestra total dependencia de Dios para todas las cosas y nos apoyemos en Él en todas nuestras necesidades. Si esta postura hacia Dios se convierte en el hábito principal de nuestras vidas, nunca nos faltará la capacidad de escuchar y la generosidad para aceptar la voluntad vocacional de Dios para nuestras vidas. Tanto si estamos todavía escuchando para ver a dónde quiere conducirnos Dios—al matrimonio, el sacerdocio o la vida consagrada—o incluso si ya nos hemos comprometido con uno de esos estados de vida, Dios sigue invitándonos a escuchar cómo nos está llamando a vivir nuestra vocación en plenitud. Simplemente no podemos hacerlo por nosotros mismos.

En unos pocos minutos nos encontraremos con Jesús verdaderamente presente en la Eucaristía y pediremos su gracia para acudir a Él siempre y en todo. Le pedimos a María, Madre de Gracia, que como Sierva del Señor siempre tenía sus ojos fijos en Dios, que nos ayude a aprender a vivir en la felicidad de la total dependencia de Dios.

7 de Noviembre: Sábado de la Trigésimo-primer Semana del Tiempo Ordinario

Les digo, hagan amigos con la riqueza deshonesto para que, cuando falle, sean recibidos en la morada eterna. Nuestro Señor no puede querer darnos consejo sobre cómo manejar propiedad robada o bienes obtenidos a través del fraude. Evidentemente, está tratando de llegar a algo bueno que tenemos que saber. Si hacemos una lectura amplia de lo que Jesús quiere decir sobre la riqueza deshonesto, podemos entender que significa que todas esas cosas que tenemos no van a durar. Es riqueza deshonesto no por cómo se ganó, sino porque al final nos dejará. En un sentido nos traicionará. La riqueza deshonesto es nuestro dinero y otras posesiones materiales, así como otras cosas que están incluso más cercanas a nosotros, como nuestra salud, nuestras habilidades y nuestro tiempo. Todas estas cosas al final se nos escapan de las manos. Un gran deportista puede dislocarse la rodilla, y ciertamente perderá la agilidad con la edad, y su asombrosa capacidad para cortar, acelerar o romper un juego, lo habrán dejado. Un matemático brillante puede sufrir un golpe en la cabeza y sus neuronas no funcionarán en la manera en que acostumbraban y su genio se desvanecerá. Incluso si no hay un accidente desafortunado o incluso sin el debilitamiento de la mente que puede llegar con la edad y la enfermedad, al final perderá el funcionamiento de su cerebro con la muerte y, ¿dónde estará su don para los números? Por eso Jesús dice que la riqueza deshonesto no es ni siquiera nuestra propia posesión, porque realmente no nos podemos aferrar a ella. Al final siempre nos traiciona y nos desprende de nuestro agarradero.

Jesús nos aconseja que usemos las cosas que no van a durar para hacer amigos. En otra parte escuchamos a Jesús decir: “Ya no los llamo siervos, sino amigos”. Esto nos da una mejor idea de lo que quiere decir Jesús por amigos. Él es nuestro amigo. Él nos ha hecho sus amigos. Ya no somos solamente criaturas que simplemente dan culto ante Dios, sino que, fantásticamente en la gracia de Cristo, somos hechos sus amigos, amigos del Dios encarnado. Es una amistad verdadera. Y como toda amistad verdadera entramos en su vida y nos unimos a Él en lo que hace. Jesús vino a salvar a la humanidad ofreciéndose a sí mismo en amor al Padre por nuestros pecados. Ser un verdadero amigo de Cristo es entrar en su misión de entrega amorosa. Así que, como amigos de Cristo miramos a las cosas pasajeras que poseemos (nuestros bienes materiales, nuestra salud, nuestras capacidades y nuestro tiempo) y usamos esta riqueza deshonesto al servicio de nuestra amistad con Cristo. Esto nos da una intuición más profunda del mandamiento de amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, mente y fuerza. Ahora nos damos cuenta de que el darle todo a Dios no es un amor etéreo a un Dios distante, sino un amor íntimo genuino de un amigo al Otro. No es solo que sabemos que todas las cosas que tenemos vienen de Dios no durarán y que más nos vale ofrecerlas, sino incluso más, ofrecemos todo nuestro ser y todo lo que tenemos porque simplemente queremos estar unidos a nuestro Amigo. Queremos ser parte de lo que hace Él.

Necesitamos la gracia de darnos cuenta de esta gran verdad de la amistad con Dios. Está en el núcleo de la enseñanza de Cristo y está en la fuente de la verdadera felicidad. Jesús de verdad busca ser nuestro amigo. No solo nos ama, sino que le gustamos y quiere que estemos con Él en su misión. Quiere que pasemos nuestras vidas gozosamente con Él. Tenemos que hablar muy simple y directamente con Jesús y pedirle la fe para conocer y aceptar su amistad. Le pedimos que haga esta compañía la alegría de nuestras vidas y entregarnos a Él y a otros el gran deseo de nuestros corazones. La amistad con Jesús es la única mirada de futuro del cristiano. Sin la luz guía de la verdad, la vida cristiana es muy gris y solitaria. Nuestra oración se puede convertir en un monólogo y nuestras ofrendas en un intercambio estéril. Pero con esta verdad en nuestros

corazones, todo toma una nueva luz. Cada acto de nuestra vida se convierte en un momento de amor, una oportunidad de entregarnos a Jesús. Miramos a lo que tenemos y somos de manera distinta. Entendemos que el único modo en que nuestras cosas nos puedan hacer felices es ofrecérselas a Dios y a los demás. Empezamos por ver nuestras posesiones como cosas que llevamos a nuestra amistad con Cristo.

Si la amistad con Dios está en el núcleo de vivir alegremente la vida cristiana, también está en el núcleo de entender las vocaciones. A menudo oramos que los jóvenes sean generosos en responder a la llamada de Dios, sino solamente a la luz de la amistad con Cristo se puede comprender la plena significación de la generosidad. No es un intercambio de una sola vía, en la que nos entregamos y no es siquiera un acto recíproco de gratitud a un Dios que tanto nos ha dado. Más bien, la generosidad de responder a una vocación asume la calidez de la amistad. Es una invitación de un Amigo a unirse a Él y compartir lo que Él ama. No es como aceptar tomar un trabajo duro, sino más bien, aceptar unirse a un amigo íntimo en una gran aventura. De hecho, una vocación de Dios es una invitación a unirse a tu mejor Amigo en la mayor de las aventuras: la salvación del mundo.

Hoy en la consagración, cada uno de nosotros tiene una oportunidad de renovar la Amistad con Jesús cuando viene a nosotros en su Cuerpo, su Sangre, Alma y Divinidad. El modo en que se entrega a nosotros en la Eucaristía es quizá la mayor evidencia de su deseo de amistad con nosotros. Le pedimos la gracia de aceptar su Amistad por nosotros y abrazamos lo que eso significa en nuestras vidas. Reconocemos que la Santa Madre de Jesús está con nosotros y ora con nosotros en todas las Misas. Le pedimos que aumente nuestra fe en la amistad de su Hijo con nosotros y nos enseña sobre su alegría.